

ADORNO, Theodor W., *Philosophische Elemente einer Theorie der Gesellschaft*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2008, 278 páginas.

ADORNO, Theodor W. y KRACAUER, Sigfried, *Briefwechsel 1923-1966*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2009, 771 páginas.

Desde 1993, el Archivo Theodor W. Adorno está embarcado en un gran proyecto editorial para sacar a la luz los escritos póstumos de Adorno en la editorial alemana Suhrkamp. Hasta ahora las publicaciones comprenden veintiún tomos entre escritos fragmentarios, correspondencia y transcripciones de lecciones impartidas entre 1957 y 1968. El motivo de esta reseña es la reciente publicación de unas lecciones tituladas *Elementos filosóficos de una teoría de la sociedad* [*Philosophische Elemente einer Theorie der Gesellschaft*] y de la correspondencia entre Adorno y Kracauer, que comprende desde 1923 hasta la muerte de Kracauer en 1966. Ambos escritos ofrecen una panorámica en el tiempo y la vida de Adorno y sin embargo rebasan lo meramente histórico o privado. Cada uno de ellos transmite de un modo característico algunos momentos fundamentales de la Teoría Crítica.

*Elementos filosóficos de una teoría de la sociedad* recoge la transcripción de unas lecciones impartidas en el semestre de verano de 1964. En este texto puede atisbarse un soplo de la atmósfera intelectual en el seminario de Adorno, que Günter Amendt, uno de los antiguos alumnos, ha comparado enfáticamente con una suerte de *trip* de ampliación de la conciencia. En relación con la dificultad habitual de la prosa adorniana, la forma de exposición resulta sobremedida accesible y al mismo tiempo sumamente intrincada, implicando al lector, como en su día al oyente, en el movimiento de un pensamiento que en ningún caso pretende inculcarle un determinado punto de vista. El estilo de las lecciones promueve más bien una confrontación exigente con la materia tratada y ofrece perspectivas para una aproximación fecunda a la misma. Por ello la lectura del texto muestra hasta qué punto carece de base el reproche de falta de claridad del que Adorno es una y otra vez objeto. Las cuestiones teóricas son tematizadas a través de problemas de actualidad que resultaban acuciantes para unos estudiantes interesados en la transformación social –por ejemplo la indagación sobre las causas de la ausencia de una conciencia de clase revolucionaria–. Por otra parte los problemas tratados, a menudo sumamente exigentes, son transmitidos en un lenguaje

que aspira en todo momento a la comprensión, pero sin sucumbir por ello a una democratización mal entendida que renuncia a todo nivel teórico, hasta culminar en una simplificación de la materia que ya no requiere ningún esfuerzo subjetivo ni aporta apenas conocimiento alguno. Por ello la publicación de las lecciones supone un importante complemento a la lectura de los textos escritos por Adorno, ya que ofrece la posibilidad de asistir al proceso de su trabajo con el concepto, a la praxis de su teoría dialéctica.

En el texto de las lecciones puede comprobarse cómo Adorno desarrolla su concepto de teoría de la sociedad a partir de la tensión entre filosofía y sociología, en un movimiento reflexivo que diluye los límites de la departamentalización del conocimiento en ambas disciplinas. Frente a los enfoques que hoy se presentan como “interdisciplinarios”, aquí no se trata de reunir contenidos de diferentes ramas con la esperanza de que, en virtud de su mera contigüidad, surja de ellos algo fructífero, sino más bien de llevar al pensamiento hasta los límites de ambos terrenos y mostrar cómo los problemas mismos apuntan más allá de las fronteras de cada disciplina, y que por tanto esta departamentalización es algo impuesto a las cosas desde fuera. Así se muestra por ejemplo en la apropiación crítica del concepto de racionalización en Max Weber, al que Adorno remite una y otra vez, poniendo de manifiesto cómo dicho concepto sólo cobra pleno significado a través de la mediación dialéctica con la irracionalidad de la totalidad social.

Por tanto, el intento de desarrollar la relación dialéctica entre filosofía y sociología constituye uno de los hilos conductores de las lecciones. A partir del mismo pretende Adorno esclarecer el “carácter de una teoría de la sociedad” (pág. 9) y articular una reflexión sobre la posibilidad misma de construir tal teoría. Las dificultades en esta empresa teórica remiten tanto a la complejidad de su objeto como a la atrofia de la experiencia subjetiva. Las lecciones desarrollan esta problemática en forma de una crítica del positivismo y en la reflexión sobre el carácter sistemático, tanto de la teoría como de su objeto: la sociedad. La crítica de la teoría tradicional y su carácter fundamentalmente tautológico se lleva a cabo desde un cuestionamiento de sus presupuestos básicos que sigue resultando alarmantemente actual. Adorno señala por ejemplo las aporías de una sociología que concede prioridad absoluta al objetivo de un sistema cerrado y carente de contradicciones, que se limita a ordenar y etiquetar los datos obtenidos en un envoltorio disponible de antemano. Su crítica se dirige contra un fetichismo metodológico más

interesado en la optimización de los métodos de investigación (abstractos, en cuanto prescinden de contacto directo con su objeto), que en sumergirse en la realidad concreta buscando el modo de desarrollar una metodología capaz de aprehenderla de modo adecuado. El intento de mostrar el significado de la primacía del objeto frente a la absolutización y autonomización de los métodos diagnosticada en la teoría tradicional constituye la base a partir de la cual las lecciones plantean el carácter dialéctico de una teoría de la sociedad destinada a comprender los desarrollos y transformaciones sociales.

El intento de desarrollar una teoría capaz de comprender la sociedad en transformación puede comprobarse de modo ejemplar en la actitud de Adorno hacia la teoría marxiana. Adorno no desecha las contribuciones de Marx sobre el carácter antagonista y heterónimo de la sociedad por el mero hecho de que determinadas líneas de desarrollo previstas en su teoría no se hayan visto confirmadas, sino que intenta desarrollar y corregir su teoría incorporando la experiencia histórica y social reciente, el resultado de investigaciones empíricas y las reflexiones surgidas a partir de ambas. Por ejemplo, partiendo de la constatación de la ausencia de una conciencia de clase de los trabajadores, Adorno señala que el incremento de la riqueza material es ante todo positivo, pero que la aparente integración de los trabajadores no disuelve los antagonismos sociales existentes, sino que es expresión de la supremacía de una tendencia social hacia la integración de todas las esferas de la vida. Por tanto, en lugar de encubrir las contradicciones para dar lugar a un constructo coherente y armónico de acuerdo con los objetivos de la ciencia o de cuestionar la posibilidad de penetrar teóricamente la totalidad de la sociedad, Adorno se sirve de la conciencia de estas contradicciones para corregir la comprensión precedente de la sociedad y, a partir de estas matizaciones, desarrollar su propia teoría de la sociedad. Este modelo de relación con la tradición se contrapone al marxismo tradicional del (entonces aún existente) bloque del Este, que transformaba el marxismo en religión y lo instrumentalizaba hasta convertirlo en una ideología de legitimación del dominio, en una “transformación repentina de las categorías críticas en invariantes y en una suerte de doctrina que debe valer para toda sociedad” (pág. 79). Y por lo demás se trata de percibir dónde una crítica que aspira a la emancipación se transforma en doctrina dogmática y legitimación de una praxis reaccionaria. A partir de aquí se constituye una línea de avance de la Teoría Crítica que podría seguir siendo instructiva para cuestionar, actualizar y desarrollar el concepto

recibido de sociedad a partir de la confrontación con las transformaciones históricas. Porque, en contraposición con la reconstrucción eclecticista de la teoría marxiana a cargo de Habermas, Adorno muestra precisamente cómo puede seguirse pensando a partir de ella sin debilitarla ni renunciar a su núcleo crítico.

Finalmente, las lecciones resultan especialmente actuales en cuanto que testifican la persistencia en un concepto enfático de conocimiento y de verdad. Y sin embargo Adorno no creía que la verdad pudiera asegurarse sobre la base de los presupuestos de una teoría dialéctica, sino más bien que, “en los asuntos intelectuales y del conocimiento que son algo más que mera palabrería, la verdad no es posible sin riesgo; es decir, sin el riesgo de la no-verdad” (pág. 183). Asumir este riesgo es para Adorno un elemento constitutivo de la teoría. Es decir, no se trata de aferrarse a la autoridad de una tradición de pensamiento aún al precio de ignorar su objeto o de satisfacer la necesidad de seguridad mediante un sistema positivista supuestamente capaz de una predicción fiable –que sin embargo nunca llega a rebasar el estado de cosas existente–. Por el contrario, para Adorno, el cometido de la teoría consiste en “abandonarse al tema tal y como se presenta” (p. 180) e intentar hacer justicia a lo no-idéntico, a lo nuevo, a aquello que no se agota en el concepto; es decir, “a aquello en lo que consiste el conocimiento” (ibíd.). En último término, la publicación de las lecciones testimonia el llamamiento de Adorno a no permitir que el pensamiento autónomo languidezca y de que la actividad teórica no contribuya –en virtud de una necesidad de seguridad quizá comprensible, pero tanto más reductora– a la perpetuación de la apariencia de inmodificabilidad del mundo a través de la mera repetición de lo ya conocido. Como reflejo de su actividad docente, estas lecciones traslucen también la intención básica de la labor pedagógica adorniana que Detlev Claussen menciona en la entrevista: estimular a sus estudiantes a confrontarse con los contenidos y a pensarlos por sí mismos para contribuir al desarrollo de una teoría crítica de la sociedad. La publicación de estas lecciones ofrece al lector la posibilidad de experimentarlo por sí mismo.

Para los estudiosos de Adorno y de Kracauer, la publicación de la correspondencia entre ambos autores supone un acontecimiento largamente esperado. Debido a problemas de derechos de autor, durante años estas cartas han sido ocultadas al público con un celo extremo, hasta el punto de llegarse a prohibir toda cita de las mismas en

monografías publicadas en otras editoriales. Ahora finalmente la totalidad de la correspondencia se encuentra a disposición del público en una cuidada edición. Sin lugar a dudas el valor documental de esta publicación es incuestionable, tanto por el modo en que refleja la evolución de ambos autores como por su testimonio de un diálogo intelectual que se mantuvo constante pese a los largos años de separación geográfica y a las diferencias teóricas. Por otra parte el libro ofrece también un testimonio elocuente de la evolución de una amistad que no en vano ha sido caracterizada como «problemática». El carácter de muchas cartas, sobre todo en las primeras doscientas páginas, es fundamentalmente privado, incluso íntimo, y quienes buscan extraer algún tipo de emociones fuertes de este tipo de publicaciones no han desaprovechado la ocasión para sacar algunos pasajes de su contexto y buscar escándalos fáciles –quizá tanto más suculentos en tanto que se presentan como profanación postmoderna de una supuesta «alta cultura»–. Pero quien se detiene en banalidades anecdóticas sin ninguna repercusión real desperdicia un material que resulta fundamental para desentrañar la relevancia de ciertas experiencias, ligadas a momentos y lugares precisos, en la constitución de la fisonomía individual específica de ambos autores.

Ante todo se impone constatar que esta correspondencia constituye un documento histórico de primer orden para la comprensión del surgimiento de la Teoría Crítica. Las cartas aquí publicadas permiten seguir el desarrollo teórico de ambos autores en las décadas de 1920 y 1930, en relación con el clima cultural y político de la Alemania post-guillermana y con las experiencias de los primeros años del exilio, y suponen una contribución simplemente decisiva. La publicación resulta tanto más valiosa por cuanto, en el caso de Adorno, la única fuente disponible hasta ahora para acceder a la formación de su pensamiento en la década de 1920 era la (imprescindible) correspondencia con Alban Berg, publicada en 1997 y lamentablemente aún no traducida al castellano. Sin embargo la comunicación con Kracauer está marcada por un tono muy distinto. Hasta comienzos de la década de 1930, las cartas entre ambos autores están impregnadas de una complicidad personal e intelectual que ofrece una perspectiva privilegiada de las constelaciones teóricas y personales que determinan el clima intelectual de estos años, y da buena muestra de una sensibilidad estética, intelectual y política epocal que en la topografía biográfica de Adorno y Kracauer se materializa en las ciudades de Francfort y, especialmente, Berlín y Viena.

En este sentido, la presente correspondencia ofrece material imprescindible para comprender el peso específico que las experiencias vienesas tuvieron en la maduración y la consolidación del pensamiento adorniano. El intercambio epistolar adquiere continuidad en el periodo en que Adorno se traslada a la vieja capital imperial para estudiar composición con Alban Berg y las impresiones transmitidas ofrecen un material sumamente valioso, tanto en esta primera estancia como en los breves retornos posteriores. Allí pueden encontrarse por ejemplo las reacciones a los primeros encuentros con Georg Lukács, algunas impresiones que contienen ya *in nuce* los elementos que para Adorno hicieron de Viena el centro neurálgico de la modernidad artística, y sobre todo una visión compleja y rica en matices de la mal llamada “Escuela” de músicos reunidos en torno a Arnold Schönberg y del decisivo papel que figuras como Hanns Eisler o Alban Berg jugaron en la comprensión adorniana de la misma.

Por otra parte, en lo referente a los destinos laborales de ambos teóricos, las cartas de estos años muestran de manera pregnante las dificultades con que se encontraban los intelectuales de proveniencia judía con un cierto perfil estético-político en su proceso de «profesionalización»; de ahí por ejemplo los problemas de Kracauer para mantener su posición como redactor en el *Frankfurter Zeitung* o el tortuoso camino de Adorno a través de la composición y la crítica musical para acabar consiguiendo, tras años de espera y un intento fallido, una posición en el medio académico que pese a todo seguiría siendo extremadamente delicada –en este sentido las cartas de Adorno a propósito de su lección inaugural en 1931 hablan por sí solas–.

Desde el punto de vista del desarrollo teórico de ambos autores, la correspondencia revela hasta qué punto dos sensibilidades teóricas afines pueden conducir a desarrollos intelectuales crecientemente divergentes como reacción a las experiencias del «breve siglo XX». En efecto, las dificultades del exilio, la fallida colaboración de Kracauer con el Instituto de Investigación Social y las crecientes diferencias teóricas –en ocasiones expresadas con suma dureza– iban a tensar la relación entre ambos pensadores. La disparidad de sus destinos personales se muestra en que Kracauer llega a Estados Unidos con la conciencia de que es su última oportunidad para trabajar como intelectual y no puede dejarla escapar (pág. 427), mientras que para Adorno la persistencia en su no-adaptación al medio intelectual y teórico estadounidense se convierte en fuente privilegiada de conocimiento. Y, pese a estas diferencias, el hilo conductor que recorre la

correspondencia en todo momento es la necesidad de comunicación intelectual y una solidaridad compartida –no siempre bien entendida, pero indudable en los momentos de mayor dificultad, como en el traslado de Kracauer a Estados Unidos–. Las cartas aquí publicadas revelan asimismo que Adorno jugó un papel decisivo en la publicación de las obras de Kracauer en Alemania y dan muestra de su esfuerzo por lograr que éstas encontraran un público. En este gran intento adorniano de tender puentes con las tareas culturales, teóricas e intelectuales interrumpidas por la toma de poder del nacional-socialismo, destaca también el intento de promover el contacto de Kracauer con jóvenes autores como Alexander Kluge o Peter Szondi, en los que podía percibir inquietudes e impulsos afines.

Sin embargo el gran mérito teórico de la correspondencia es que ofrece la ocasión de asistir al proceso en el que ambos autores comentan y discuten su producción. En este sentido el libro contiene pasajes verdaderamente memorables, bien sea como manifestación de un diálogo teórico logrado o, en ocasiones, como testimonio de momentos de una sintomática incompreensión intelectual (por ejemplo en las notas de Kracauer a partir de una conversación en agosto de 1960, págs. 514-517). Las discusiones sobre *Los empleados*, sobre *Minima moralia* o sobre las «Anotaciones sobre Kafka» contienen elementos sumamente valiosos para comprender a ambos autores, y sin duda la detenida discusión de la Teoría del cine de Kracauer sorprenderá a aquellos que siguen aprisionados en prejuicios de dudosa fiabilidad a la hora de acercarse al pensamiento de Adorno. Por su parte, las diferencias de ambos autores respecto al significado de la dialéctica, al alcance de la industria de la cultura o a los límites de la negatividad ofrecen un material que no tiene desperdicio, ya que permite reconstruir los términos de un diálogo intelectual que revela el alcance de sendos proyectos teóricos a la vez que, en la contraposición entre ambos, pone de manifiesto algunos de sus puntos débiles.

En definitiva, la publicación de esta correspondencia supone una contribución decisiva para la comprensión de ambos autores y arroja también una nueva luz sobre materiales ya conocidos. Quizá unas palabras que Kracauer escribiera a Adorno en 1961, precisamente cuando ambos comenzaban a gozar de un cierto reconocimiento, hayan recuperado su actualidad con la publicación de este texto: «Es interesante que los jóvenes críticos recuerden una y otra vez la afinidad entre nosotros, también con Benjamin y Bloch. Para ellos constituimos un grupo que destaca sobre el trasfondo de

la época y, según creo, eso sólo puede parecernos bien. Me resulta interesante y extraño experimentar cómo se nos ve desde fuera a nosotros, que nos conocemos desde dentro» (pág. 658 s.).

*Arne Kellerman*

*Jordi Maiso*

*jordimaiso@hotmail.com*